

“Señalado en pureza de vida cristiana y en letras”

Francisco José Ruiz Pérez S. I.¹

Desde sus principios, para la Compañía de Jesús siempre fue claro que iba a pedir a sus miembros una manera de vivir que mezclara dos dimensiones: una era eminentemente religiosa; la otra, eminentemente secular. La *Fórmula del Instituto*, que aprobaba Julio III en 1550, hablaba de una Orden que exigía “hombres del todo humildes y prudentes en Cristo, y señalados en pureza de vida cristiana y en letras” (n. 5). Se apuntaba ahí hacia una espiritualidad cristocéntrica que debía materializarse, por un lado, en una praxis tocada de actitudes evangélicas y, por otro, en el acceso a un conocimiento del mundo que no fuera precisamente superficial.

Las dos dimensiones, “virtudes” y “letras”, no se sitúan en el mismo plano. Se encuentran a diferente profundidad. La primera está a la base de la segunda. Ese orden interno se explica por el objetivo apostólico que persiguen los miembros de la Compañía: el de “ayudar las ánimas suyas y de sus prójimos a conseguir el último fin para que fueron criadas” (Co. 307). Para que eso se cumpla, al jesuita hay que formarlo inicialmente en la “abnegación” de sí mismo y el “aprovechamiento en las virtudes”. Sólo sobre ese fundamento procede adquirir “el edificio de letras y el modo de usar de ellas” (*id.*). Con otras palabras, la dimensión religiosa permite desplegar la intelectual y la llena de significado. Las “letras” capacitan para inteligir el mundo, pero para inteligirlo desde la perspectiva teológica que dan las “virtudes”.

Hasta ahí el ideal... Otra cosa es que se cumpla en la historia concreta de los jesuitas que conformamos el cuerpo apostólico limitado y frágil que es la Compañía. Nuestro pasado da pruebas de que la *Fórmula* pudo encarnarse en muchos. Supieron combinar “virtudes” y “letras” hasta dar a sus vidas una apostolicidad ejemplar. Desgraciadamente no ha sucedido así siempre. La Compañía ha dado pie a que se la reconociera más por el potencial de sus mediaciones seculares que por lo que subyacía en el fondo de todas ellas. Las “letras” eclipsaron las “virtudes” o sufrieron una desconexión entre sí. Ya la *Fórmula* avisa de que el carisma de la Compañía no es gracia barata y de que le supondrá un discernimiento constante respetar la arti-

¹ Facultad de Teología. Granada. El autor ha sido Provincial de España de la Compañía de Jesús y Canciller de la Universidad Loyola Andalucía (2010–2017).

culación entre “virtudes” y “letras”, de manera que, en lo esencial, la vida apostólica jesuita transparente Evangelio.

El P. José Juan Romero Rodríguez es uno de esos compañeros en que se nota que tal discernimiento forma parte de lo cotidiano, no únicamente de lo extraordinario. Es muy artificial distinguir en él el religioso del universitario. La academia no lo ha secuestrado y apartado de espacios como la parroquia, el ministerio de Ejercicios y el servicio interno a la comunidad. Pero tampoco al revés. José Juan es un jesuita embarcado en una larga trayectoria de docencia e investigación, que lo ha conducido a conocer las encrucijadas morales, sociales, políticas y económicas de varias partes del mundo. Su formación e itinerario intelectual, a mi modo de ver excepcionales, lo han invitado continuamente a desentrañar los nudos de injusticia que padecemos, porque en José Juan el universitario enseña y escribe desde una fe exigente, la que dicta verdaderamente los retos y pone el horizonte último a la dedicación universitaria.

Cuando a un jesuita se le respeta no por lo que hace, sino por cómo lo hace, es porque sus “virtudes” fueron de la mano de sus “letras” y no les permitió que se sintieran extrañas unas respecto a las otras. La valoración de los cómo de José Juan es la impresión repetida que he recabado de compañeros, colaboradores y alumnos en estos años durante los cuales he podido estar cerca de él. Que así sea, es motivo especial de alegría para la Compañía. Al fin y al cabo, el carisma ignaciano tiene su fuerte en proporcionar cómo que proporcionen pistas a la libertad: en nomenclatura de Ejercicios, reglas de discernimiento. A san Ignacio no hay que convencerlo de que cada vida humana es una singladura distinta, a la que se le puede ayudar, más que con soluciones fijas y cerradas, con orientaciones para detectar dónde está desafiada la libertad para amar más. Esas orientaciones no son teóricas. Muchas veces tienen rostro y nombre, y explicitan algunos de los cómo que pueden servirnos realmente para intentar que nuestros medios miren por los fines auténticos que los justifican. Es el caso de José Juan, el jesuita que, por serlo, fue profesor; el profesor que, por serlo, fue jesuita.